

La luz de la Reina

# Lumen Reginae

Reinado   
de María

N.36-ABRIL 2023

“Rosarios rezaré  
todos los que Tú  
quieras...”  
AL LECTOR

La Divina Misericordia  
y la Santísima Virgen  
ALMA MARIANA

Santa María Egipciaca,  
convertida de pecadora  
en penitente  
VICTORIAS DE MARÍA

“PIENSO EN DIOS QUE ESTÁ TAN  
TRISTE POR TANTOS PECADOS...  
¡SI PUDIERA DARLE ALEGRÍA...!”.

(FRANCISCO,  
CONSOLADOR DE DIOS)





# Lumen Reginae

Revista oficial del  
Reinado de María.  
Número 36  
Abril 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.


«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

*Ad Iesum per Mariam.*


P. Rodrigo Molina, inspirador  
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 [reinadodemaria.org/](http://reinadodemaria.org/)

 [facebook.com/Reinado-de-Maria](https://facebook.com/Reinado-de-Maria)

 [instagram.com/reinadodemaria](https://instagram.com/reinadodemaria)

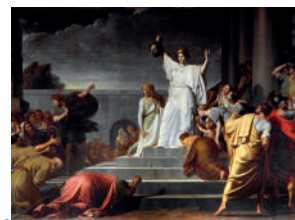
 [youtube.com/c/ReinadodeMaria](https://youtube.com/c/ReinadodeMaria)

# SUMARIO

## 04

EN LA ESCUELA DEL  
INMACULADO CORAZÓN

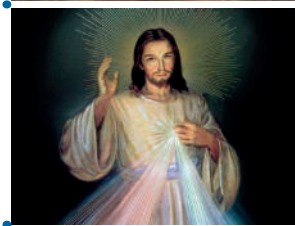
«Tú eres la gloria de Jerusalén, el honor de Israel»



## 07

ALMA MARIANA

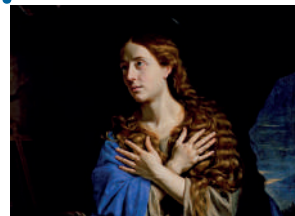
La Divina Misericordia y la Santísima Virgen



## 08

VICTORIAS DE MARÍA

Santa María Egipciaca, convertida de  
pecadora en penitente



## 10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

Santa Catalina de Siena



## 12

MI INMACULADO  
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la Santidad



## 14

TOTUS TUUS

SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Las virtudes de Santa María (IV): La mortificación



## 16

REINADO DE CRISTO

Bienaventurados los limpios de corazón



## 18

AL ENCUENTRO

CON EL DIOS UNO Y TRINO

Vivir inmersos en Dios como San Francisco Marto



«QUERIDA SEÑORA MÍA,

# Rosarios rezaré

TODOS LOS QUE TÚ QUIERAS»



**F**rancisco ni siquiera oye las palabras de la Virgen que a él se refieren expresamente, sobre que tenía que rezar todavía muchos Rosarios. Pero, cuando Lucía se las comunica, él, feliz, manifestando lo alegre que se sentía por la promesa de ir al cielo, cruzando las manos sobre el pecho, decía: —«*Querida Señora mía, Rosarios rezaré todos los que tú quieras*».

Si extraordinaria fue la medida de la benevolencia de Dios con el pequeño Francisco, extraordinaria fue también la medida de generosidad, de fervor y de perseverancia con que él quiso responder a la gracia divina. No fue sólo portador de un mensaje de penitencia y de oración, sino que, con todas sus fuerzas, conformó su vida a ese mensaje, que anunció más con la bondad de sus obras que con palabras.

Durante las apariciones soportó con serenidad, y admirable fortaleza, duras incomprendiciones, injurias, persecuciones y hasta algunos días de prisión. A la autoridad municipal, que hizo de todo para conocer el «secreto» revelado por la Virgen a los tres niños, resistió con respeto y firmeza, infundiendo ánimo a la hermana y a la prima. Ante las amenazas de muerte respondía: «Si nos matan, no importa, iremos al cielo».

Animado de un vivo y maduro espíritu de fe, sintió que su vocación y su misión era la de rezar intensa y continuamente según las intenciones de la Santísima Virgen. Buscaba el silencio y los lugares solitarios para sumergirse en la contemplación de Dios y en coloquio íntimo con Él. Nutría una especial devoción a la Eucaristía y pasaba mucho tiempo en la iglesia en adoración al Santísimo Sacramento, que llamaba «Jesús escondido». Todos los días rezaba los quince misterios del Santo Rosario, y a veces más, para corresponder al deseo de la Virgen. Rezaba para consolar a Dios, para honrar a la Madre del Señor, que él amaba profundamente, en sufragio de las almas del purgatorio, para prestar apoyo al Sumo Pontífice en su grave misión de pastor universal; rezaba por todas las necesidades del mundo, perturbado en odios y pecados; y por la Iglesia, por

la salvación de las almas. Rezaba solo, con sus familiares, con los peregrinos, manifestando un profundo recogimiento interior y una confianza absoluta en la bondad divina.

Sabiendo, por revelación de la Virgen, que su existencia sería breve sobre la tierra, transcurría los días esperando ardientemente su entrada en el cielo.

Y efectivamente, la espera no duró mucho tiempo. A pesar de tener una constitución robusta y saludable, en octubre de 1918 fue acometido por una grave epidemia broncopulmonar. Soportó la enfermedad y no pocos sufrimientos en espíritu de ofrenda a Dios y con íntima alegría. Entró piamente en la vida eterna, que tan ardientemente había deseado, el 4 de abril de 1919.

Este mes queremos encomendar a S. Francisco Marto, el predilecto de María, la causa de la Paz.

Una Paz que el mundo tanto necesita y busca, pero no puede alcanzar porque no la tiene en sí. Una Paz que solo Cristo resucitado puede dar y que la Virgen dejó asociada al rezo cotidiano del Santo Rosario.

## LA VIRGEN EN LA SAGRADA ESCRITURA



«Tú eres la gloria de Jerusalén, el honor de Israel»

La heroína de este libro del Antiguo Testamento se llama Judit, la judía fiel, es decir, el Israel justo; el lugar donde se desarrolla la historia es Betulia, casa de Dios, símbolo de Jerusalén, viuda defendida por Dios o Israel sufriente y perseguido (Is 54,4-5); Nabucodonosor es el anti-Dios (3,8; 6,2); el opresor Holofernes es la encarnación del orgullo y de la concupiscencia, mientras que la vida de Judit es la representación de la observancia judía en la fe, en la plegaria y en la penitencia.

La confianza en Dios, la observancia de la Ley, la fidelidad a la alianza, constituyen el escudo que protege a Israel.

La oración es el remedio a todas las situaciones trágicas, es la súplica dirigida al Señor para que comparezca de forma resolutoria.

Judit es prototipo de Aquella que con su humildad doblega al Anticristo y derrota todo tipo de violencia y de mal.

- La debilidad del pobre, la indigencia de la víctima y del perseguido que atraen la atención del Creador del cielo y de

la tierra que se sitúa decididamente de su parte;

- la arrogancia del prepotente es humillada precisamente por su víctima;

- la gloria del hombre nace de la salvación divina;

- la fe y la esperanza son las virtudes más preciosas que generan fortaleza;

- la historia no es una maraña ciega y escandalosamente embrollada de acontecimientos, porque en ella no deja nunca de desplegarse el actuar poderoso de la salvación divina.

«TÚ ERES LA GLORIA DE JERUSALÉN, EL HONOR DE ISRAEL, EL ORGULLO DE NUESTRA RAZA. HAS HECHO TODO ESTO CON TU MANO, HAS PROCURADO UN GRAN BIEN A ISRAEL Y DIOS SE HA COMPLACIDO EN ELLO. QUE EL SEÑOR TODOPODEROSO TE BENDIGA PARA SIEMPRE JAMÁS». (JDT 15,9-10)

Todos estos temas envuelven e iluminan la figura de María, cantada por la Iglesia como nueva Judit que doblaba la fuerza del mal en el nombre de su Señor.

El débil es defendido por Dios y por esta razón prevalece sobre el violento: «Pues no está tu fuerza —clama en su oración la heroína en 9,11— *en la multitud, ni en los poderosos tu dominio, sino que eres Dios de los humildes, socorro de los oprimidos, protector de los débiles, defensor de los abandonados, salvador de los desesperanzados*».

Nosotros rezamos a la Virgen: «Bendita por ser más valerosa y fuerte que Judit».

### Recorramos la historia bíblica de Judit

Se nos presenta a Judit, mujer elegante y bellísima en todo.

Hermosa en el cuerpo y hermosa en el alma; porque temía mucho al Señor y no había quien dijese nada en contra de ella. Muy santa debió ser Judit cuando los ojos de los hombres, tan perspicaces para ver defectos ajenos, no encontraron en ella nada vituperable.

Más fue la Madre de Dios: *tota pulchra*, toda hermosa.

Hermosa en el cuerpo y más hermosa en el alma.

Tan perfecta en todo, que na-

die pudo encontrar en Ella motivo de acusación o de queja.

Judit pasó por los tres estados: virgen, esposa y madre; y en los tres estados fue modelo.

Al morir su esposo, le dejó grandes riquezas; y Judit, aunque era joven y muy rica y muy hermosa, vivía retirada en su casa, entregada a la oración y a la penitencia.

También la Madre de Dios santificó los tres estados; y en los tres fue modelo para todas las mujeres: modelo para las vírgenes, para las esposas y para las viudas.

Existe cierta semejanza entre Judit y María; pero la analogía principal está en la obra que una y otra llevaron a cabo.

### La hazaña de Judit

El ambicioso Nabucodonosor pretendió conquistar todo el mundo; y, para apoderarse de Palestina, envió a su general Holofernes.

Los judíos, para defender Jerusalén, se hicieron fuertes en la ciudad de Betulia donde vivía Judit.

El asedio de la ciudad se prolongaba. Los judíos oraban y hacían penitencia esperando la



ayuda de Dios; y el socorro de Dios no venía.

Estaban a punto de rendirse cuando Judit, inspirada por Dios, salió de su retiro para librar a la ciudad.

Cambió sus vestidos de penitencia por vestidos de gloria; y el mismo Dios que la enviaba a una empresa tan arriesgada, realzó más todavía su extraordinario esplendor.

Llega al campo enemigo y consigue presentarse a Holofernes que, al ver a aquella mujer, quedó maravillado de su belleza y la invitó a un banquete.

En el banquete, Holofernes comió y bebió tanto que, cuando llegó a su tienda de campaña, cayó profundamente dormido.

Judit penetró en la tienda, hizo una breve oración pidiendo a Dios fortaleza, descolgó una cimitarra del mismo general y con ella le cortó la cabeza y la metió en un saco.

Llevando consigo la cabeza de Holofernes, la heroica Judit regresó a Betulia y mostró al pueblo la cabeza del enemigo.

Al verla, todos cayeron en tierra postrados y dieron gracias a Dios y glorificaron a Judit: «Dios te ha bendecido con su poder, por tu medio ha reducido a la nada a nuestros enemigos... tu gloria no se apartará jamás de la boca de los hombres».

Los guerreros de Betulia, viendo que el ejército enemigo ya no tenía jefe, se lanzaron al

campamento, hicieron huir a los sitiadores y quedaron dueños de un inmenso botín.

Al volver, entonaron un himno a Judit: *«Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú el honor de nuestro pueblo y por eso serás bendita para siempre»* (Jdt 15, 9).

### Analogía entre Judit y María

La Madre de Dios aplastó la cabeza del demonio, enemigo de las almas, y salvó al género humano.

Era el demonio dueño del mundo. A todas las almas las marcaba con el sello del pecado; pero, al presentarse María, cayó impotente y vencido a sus pies.

Al aparecer María en el mundo comenzó la derrota de Satanás.

Y la Virgen acabó de vencerle en el monte Calvario, cuando consumó la redención en compañía de su Hijo.

Entonces quedaron rotas las cadenas del pecado y las almas, libres del cautiverio de Satanás. El pueblo cristiano, agradecido a la Madre de Dios, le repite muchas veces el himno que entonaron a Judit los habitantes de Betulia:

*«Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú el honor de nuestro pueblo, por eso serás bendita para siempre».*

María reconoce las grandes obras que el Señor ha obrado por su medio y profetiza que por eso la llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Pero humilde más que Judit, entona un himno de alabanza de Dios Nuestro Señor.

«Engrandece, alma mía, al Señor... porque ha obrado en Mí cosas grandes el que es Todopoderoso.»

¡Qué cosas tan maravillosas puede hacer Dios con instrumentos débiles!

La obra de la santidad es la más primorosa de todas; pero no te desanimes, porque no vas a realizarla sólo tú.

Es Dios el artífice; lo que Dios quiere es que te pongas como cera blanda en sus manos, sin hacer resistencias a la gracia.

Mujer débil era Judit y libertó a su pueblo porque Dios estaba con ella.

Mujer débil era María, pero el Señor estaba con Ella y libertó a todo el género humano.

Ni tengas miedo a las tentaciones del demonio.

El que dio fuerzas a Judit para que cortara la cabeza al gigante Holofernes, te la dará a ti para que resistas los ataques del enemigo infernal.

Tienes a Dios contigo; y tienes a la Madre de Dios que aplastó al demonio y lo tiene bajo sus pies.

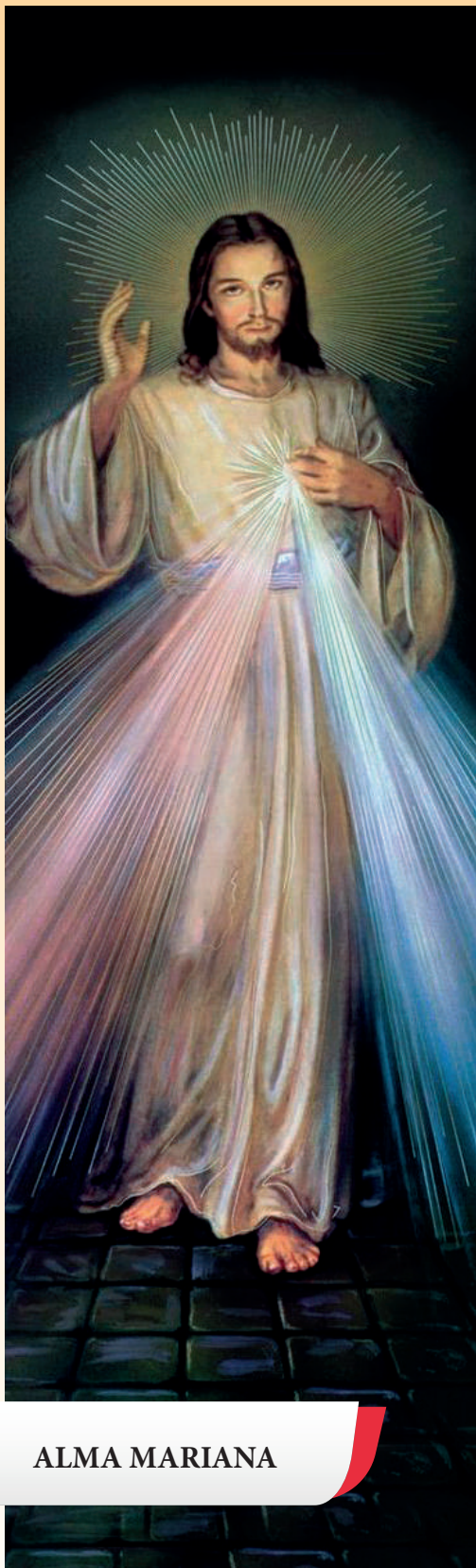
Por eso se dice de Ella que es temible como escuadrones en orden de batalla.

Con la ayuda de Dios y de su Madre triunfaremos.

EL LIBRO DE JUDIT TESTIMONIA LA VICTORIA DEL PUEBLO DE DIOS, LA IGLESIA, SOBRE EL MAL, SOBRE EL DEMONIO Y EL PECADO; Y SEÑALA LAS ARMAS MÁS ADECUADAS PARA CONSEGUIR LA VICTORIA, EMPUÑADAS ADMIRABLEMENTE POR LA VIRGEN MARÍA, QUE SON LA AUDACIA DE LA FE, LA ORACIÓN Y EL SACRIFICIO.

# LA DIVINA MISERICORDIA

## y la Santísima Virgen



ALMA MARIANA

**E**l día de la canonización de Sor Faustina, el 30 de abril de 2000, San Juan Pablo II instituyó la fiesta de la Divina Misericordia para toda la Iglesia. La inspiración procedía del deseo que Jesús había comunicado a la misma Santa: «Hija mía, habla al mundo entero de mi insondable Misericordia... Antes de venir como el Juez justo, vengo como el Rey de Misericordia».

El don de la misericordia divina a nuestra generación es una gracia concedida por la intercesión y mediación materna de la Virgen. Dejemos que sea el P. Molina quien nos lo explique:

*«El Espíritu Santo es la personificación de la pulsión mutua que hay entre el Padre y el Hijo que se llama Amor. En la encarnación, María se une al Espíritu Santo según la manera de esposa. Y, al ser destinada como esposa, tiene que ser en todo semejante al Espíritu Santo que es Amor.»*

¿Coincidencia? Santa María se reveló a sí como: “Yo soy la Inmaculada Concepción”, como el Espíritu Santo es la Concepción Inmaculada de Padre e Hijo.

“Yo soy –nos dice Santa María en Lourdes– el producto del Amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre: purísimo, tiernísimo, brillantísimo, plenísimo como el Espíritu Santo lo es... Yo soy como el Amor encarnado, la Misericordia encarnada”.

El Espíritu Santo actúa en el mundo en unión esponsa-

licia íntima con Santa María; por eso el volver de Dios es siempre en Santa María.

Santa María es Misericordia, es el amor de Dios hecho ternura. Refugio de los pecadores y Madre muy amante a quien Dios quiso fiar todo el orden de la Misericordia.

Oye a tu Madre, Santa María, que te dice:

“Mira, hijo mío, Yo te lo he dado todo, te he dado lo más precioso que tengo, a mi mismo Hijo Jesús para que muriera por ti, para expiar tus pecados, para hacerte hijo de Dios y heredero del cielo. ¿Qué más te puedo dar yo? ¿Qué me darás tú? Hijo, ¿me darás lo más precioso que tengas?”. “Sí, Madre mía. Te doy lo más precioso que tengo, lo que es más mío: mi YO, y su expresión vital: mi LIBERTAD. Desde ya seré tu esclavo para no querer nada, sino querer solo lo que Jesús quiere que piense, desee y haga”. Esto es ofrecer a Jesús, del mejor modo que existe que es por medio de su Madre Santa María, la aniquilación de mi amor propio desordenado».

# Santa María Egipciaca, convertida de pecadora en penitente

## POR UNA IMAGEN DE MARÍA

El 3 de abril la Iglesia conmemora a Santa María egipciaca, penitente. Una hermosa tradición muy antigua cuenta que en el siglo V un santo sacerdote llamado Zózimo, después de haber pasado muchos años de monje en un convento de Palestina, dispuso irse a terminar sus días en el desierto de Judá, junto al río Jordán. Y que un día vio por allí una figura humana, que más parecía un esqueleto que una persona robusta. Se le acercó y le preguntó si era un monje y recibió esta respuesta: “Yo soy una mujer que he venido al desierto a hacer penitencia de mis pecados”.

Y dice la antigua tradición que aquella mujer le narró la siguiente historia: Su nombre era María. Era de Egipto. Desde los doce años, llevada por sus pasiones sensuales y su exagerado amor a la libertad, se fugó de la casa. Cometió toda clase de impurezas y hasta se dedicó a corromper a otras personas. Después se unió a un grupo de peregrinos que de Egipto iban al Santo Sepulcro de Jerusalén. Pero ella no iba a rezar sino a divertirse y a pasear.

### Cambio repentino

Y sucedió que, al llegar al Santo Sepulcro, mientras los demás entraban fervorosos a rezar, ella sintió allí en la puerta del templo que una mano la detenía con

gran fuerza y la echaba a un lado. Y esto le sucedió por tres veces, cada vez que ella trataba de entrar al santo templo. Y una voz le dijo: “Tú no eres digna de entrar en este sitio sagrado porque vives esclavizada al pecado”. Ella se puso a llorar, pero de pronto levantó los ojos y vio allí cerca de la entrada una imagen de la Santísima Virgen que parecía mirarla con gran cariño y compasión. Entonces la pecadora se arrodilló llorando y le dijo:

“Oh Madre de Dios, tened compasión de esta pobre pecadora. Comprendo que por mis pecados no merezco que me miréis; pero Vos sois el refugio de los pecadores, ayudadme.

*Vos la siempre Virgen, Vos la Pura, Vos que tenéis el cuerpo y el alma puros y sin mancha; es justo que yo, la manchada, sea aborrecida por vuestra pureza y rechazada. Sin embargo, por lo que he aprendido, el Dios que habéis dado a luz se ha hecho hombre para llamar a los pecadores a la penitencia. Socorredme ya que estoy sola y no tengo a nadie que me ayude. Ordenad que a mí también me sea permitida la entrada en la iglesia. No me privéis de ver la madera sobre la que fue clavado según la carne el Dios que Vos habéis dado a luz, sobre la que ha dado su propia sangre en rescate por mí. Ordenad, oh Madre, que también se abra para mí la puerta de la adoración divina de la Cruz.*

*Madre, si me es permitido entrar al templo santo, yo te prometo que dejaré esta vida de pecado y me dedicaré a una vida de oración y penitencia”.*

Y le pareció que la Virgen Santísima le aceptaba su propuesta. Trató de entrar de nuevo al templo y esta vez sí le fue permitido.



Allí lloró largamente y pidió por muchas horas el perdón de sus pecados. Estando en oración escuchó una voz le decía: *“En el desierto más allá del Jordán encontrarás tu paz”*.

### Soledad total

María egipciaca se fue al desierto y allí estuvo durante cuarenta años rezando, meditando y haciendo penitencia.

Se alimentaba de dátiles, de raíces, de langostas y a veces bajaba a tomar agua al río. En el verano el terrible calor la hacía sufrir muchísimo y la sed la atormentaba. En invierno el frío era su martirio. Durante diecisiete años vivió atormentada por la tentación de volver otra vez a Egipto a dedicarse a su vida anterior de sensualidad, pero un amor grande a la Santísima Virgen le obtenía fortaleza para resistir a las tentaciones. Y Dios le revelaba muchas verdades sobrenaturales cuando ella estaba dedicada a la oración y a la meditación.

La penitente le hizo prometer al santo anciano que no contaría nada de esta historia mientras ella no hubiera muerto. Y le pidió que le trajera la Sagrada Comunión. Era Jueves Santo y San Zózimo le llevó la Sagrada Eucaristía. Quedaron de encontrarse el Día de Pascua, pero, cuando el santo volvió, la encontró muerta sobre la arena con esta inscripción en un pergamino:

*“Padre Zózimo, he pasado a la eternidad el Viernes Santo día de la muerte del Señor, contenta de haber recibido su santo cuerpo de la Eucaristía. Ruegue por esta pobre pecadora y devuélvale a la tierra este cuerpo que es polvo y en polvo tiene que convertirse”*.

El monje no tenía herramientas para hacer la sepultura, pero entonces llegó un león y con sus



garras abrió una sepultura en la arena y se fue. Zózimo al volver de allí narró a otros monjes la conmovedora historia y pronto, junto a aquella tumba, empezaron a obrarse milagros y prodigios y la fama de la santa penitente se extendió por muchos países.

San Alfonso de Ligorio y muchos otros predicadores narraron muchas veces y dejaron

“ORDENAD,  
OH MADRE,  
QUE SE  
ABRA PARA  
MÍ LA  
PUERTA  
DE LA  
ADORACIÓN  
DIVINA DE  
LA CRUZ”.

escrita en sus libros la historia de María Egipciaca, como un ejemplo de lo que obra en un alma pecadora, la intercesión de la Santísima Virgen María, Madre del Salvador. Que ella se digne también interceder por nosotros pecadores para que abandonemos nuestra vida de maldad y negligencia y empecemos ya desde ahora una vida de penitencia y santidad.



# Santa Catalina de Siena

“**S**anta Catalina era mujer de silencio y de acción. En el silencio se comunicaba con Dios. En la acción comunicaba a Dios. Era iletrada y enfermiza. Murió a los 33 años. Pero para Dios nada hay imposible. Hizo de ella una doctora eximia de la ciencia del conocimiento de Dios y amor a Dios, una escritora extraordinaria, una oradora convincente, una consejera admirable de las más altas jerarquías de la Iglesia y de la sociedad civil y hasta del mismo Sumo Pontífice”. (P. Molina)

Catalina nació en Siena, Italia, el 25 de marzo de 1347. Fue hija de un tintorero, Jacobo Benincasa, y de su esposa Lapa. Ella y su hermana gemela nacieron en Siena después de veintidós hermanos y hermanas. Desde niña, Catalina se siente profundamente atraída por Dios y por María. A la edad de apenas cinco años, reza con fervor el «Ave María», y se divierte repitiéndolo en cada peldaño al subir o bajar las escaleras. Más tarde, no dejará de recomendar que se recurra a María en toda ocasión: «María es nuestra abogada, la Madre de la

gracia y de la misericordia. No es ingrata con sus servidores».

A los siete años, Catalina hace voto de castidad ante una devota imagen de María en casa de sus padres: Ora así: «¡Oh beatísima y santísima Virgen!, que fuiste la primera, entre todas las mujeres, en consagrar con voto perpetuo tu virginidad a Dios, y por esto te concedió ser Madre de su unigénito Hijo. Pido a tu inefable piedad que, no teniendo en cuenta mis pecados y defectos, te dignes concederme gracia tan grande y me des por Esposo al que deseo

con toda mi alma: el sacratísimo Hijo de Dios y tuyo, mi Señor Jesucristo». (Orac. 2.<sup>a</sup>, II).

Cuando a los doce años, los padres quieren casar a Catalina, ella se niega pues desea consagrarse a Dios. Decide entonces construirse como «una pequeña celda monástica» en lo hondo de su interior, donde se encierra con Jesús durante sus tareas. Para hacer más fácil su recogimiento y su obediencia, procura ver en su madre a la Santísima Virgen; cuando sirve a su padre, se imagina que sirve a Jesús; sus hermanos y hermanas son

los discípulos de Cristo y las santas mujeres... A finales de 1364 tomó el hábito de la tercera Orden de Santo Domingo.

En 1368, en una visión que permanecerá por siempre en el corazón y en el alma de Catalina, la Virgen la presenta a Jesús, quien le entrega un espléndido anillo diciéndole: «Yo, tu Creador y Salvador, te desposo en la fe, que conservarás siempre pura hasta que celebres conmigo tus esponsales eternos en el cielo».

Catalina desarrolla una intensa actividad de consejo espiritual hacia muy diversas personas. En torno a ella se forma un grupo de discípulos a los que exhorta a trabajar por la salvación del prójimo. A ese celo por las almas lo llama «la doctrina de María», pues —según ella explica— «en su condición de hombre, el Hijo de Dios estaba revestido del deseo del honor de su Padre y de nuestra salvación; y ese deseo fue tan grande que corrió en su ardor a través de las penas, la vergüenza y el ultraje hasta la muerte ignominiosa de la cruz. Así pues, el mismo deseo se produjo en María, pues no podía desear otra cosa sino el honor de Dios y la salvación de las criaturas».

En Pentecostés, el 1 de abril de 1375 fue bendecida con los estigmas de la Pasión. Convirtió a muchos pecadores incapaces de suscribirse a sus exhortaciones, con las que los encaminaba a una vida de penitencia. Muchos la seguían porque

les reportaba paz y consuelo, abriéndoles el camino del amor a Dios. A uno le dice: «No hagas resistencia al Espíritu Santo, que te llama, no desprecies el amor que te tiene María». (C. 15).

Escribirá en el Diario (IV,6) estas palabras del Padre Eterno: «Quiero que sepas que, para librar aquella alma de la condenación eterna, en que veías que estaba, permití este caso, para que con su sangre consiguiese vida, mediante la Sangre de mi Unigénito Hijo. Porque no estaba Yo olvidado de la reverencia y amor que tenía a la dulcísima María, Madre de mi Unigénito Hijo, a la cual es concedida por mi bondad, en reverencia al Verbo, que cualquiera, o justo o pecador, que le profese la debida devoción, no será llevado ni tragado del demonio infernal. Ella es como un cebo puesto por mi bondad, para atraer las criaturas; y así por misericordia permití lo que la mala voluntad de los hombres tiene por crueldad».

Catalina tenía una inmensa confianza en la santísima Virgen. «Yo sé -decía- que a ti, María, nada te es denegado». María «es nuestra abogada, Madre de gracia y Madre de misericordia»; por eso, en las dificultades, recurre a ella con devoción de hija. Cuando busca un buen confesor, se vuelve hacia María para que ella «benignamente se dignase obtenerle del Señor una dirección perfecta para llegar a cumplir lo que fuere más grato a Dios y de mayor provecho para la salvación de su alma».

A partir de 1375, Catalina se compromete con el regreso de los Papas de Aviñón a Roma (desde 1309, el papado permanecía en Aviñón por motivos políticos), así como por la unidad e independencia de la Iglesia que ningún santo, posiblemente, deseó tanto como ella. «La Iglesia —escribe— no es otra cosa que el propio Cristo», la depositaria del amor de Dios para los hombres; y la Iglesia jerárquica es el ministerio indispensable para la salvación del mundo.

“YO SÉ QUE A TI, MARÍA,  
NADA TE ES DENEGADO.  
ERES NUESTRA ABOGADA,  
MADRE DE LA GRACIA Y  
MADRE DE MISERICORDIA”.

(SANTA CATALINA)

Le había costado aprender a leer y pudo escribir siendo adulta. Entre otras obras maestras, ha legado *El Diálogo de la Divina Providencia*. Su espíritu se siente arrebatado ante la presencia de Dios y Dios le habla, y ella va traduciendo al lenguaje humano lo que el Señor le dice: «En el nombre de Cristo Crucificado y de la dulce María», así empieza su Diálogo y sus cartas.

Catalina murió en Roma el 29 de abril de 1380. Tenía 33 años. Pío II la canonizó el 29 de abril de 1461. En 1939 fue declarada patrona de Italia junto a San Francisco de Asís. El 4 de octubre de 1970 Pablo VI la proclamó doctora de la Iglesia. El 1 de octubre de 1999 Juan Pablo II la designó copatrona de Europa.



## Llamada a la Santidad

**E**n la aparición de Nuestra Señora del Carmen, la Hermana Lucía advierte que se trata de una llamada a la santidad. Ahí vemos a aquella que, como nosotros, vivió en la tierra y aquí se santificó; ahora vive y reina con Dios en el Cielo, gozando del fruto y de la recompensa de esa santificación.

Nuestra Señora se santificó como virgen pura e inmaculada, correspondiendo a las gracias que Dios, en ese estado, le concedió; se santificó como esposa fiel y dedicada en el cumplimiento de todos sus deberes de estado; se santificó como madre amorosa que se desvela por el Hijo que Dios le confió para mecerlo en sus brazos, criarlo y educarlo, para auxiliarlo y seguirlo en el desempeño de su misión.

Con Jesús recorrió el camino estrecho de la vida, la vía escabrosa del Calvario; con Él agonizó, recibiendo en su corazón las heridas de los clavos, el golpe de la lanza y los vituperios de la multitud amotinada; se santificó, en fin, como madre, maestra y guía de los apóstoles, aceptando quedar en la tierra por el tiempo que Dios quisiese, para realizar la misión que Él le había confiado de corredentora con Cristo de la humanidad.

Así María es para todos nosotros el modelo de la más perfecta santidad a que puede elevarse una criatura en esta pobre tierra de exilio. Cuántas veces tendría ella leídas y meditadas en su corazón estas palabras de la Sagrada Escritura: *«El Señor dijo a Moisés: habla a toda la asamblea de los hijos de Israel y*

**diles: Sed santos porque Yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo»** (Lv 19, 2). Mandato del Señor que comprende todos los estados de vida.

Éste es un mandamiento que nos obliga a cumplir todos los otros mandamientos porque transgredir uno solo de ellos, cualquiera que sea, es faltar a la santidad.

El deber de ser santos obliga a todos, igual a aquellos que no tienen fe. Claro que, en este caso, sin la virtud de la fe, la santidad será sólo dictada por la propia conciencia y quedará privada del mérito sobrenatural porque le falta la razón fundamental que revaloriza toda la verdadera santidad: **«ser santos porque Dios es santo»**. Ser santo, para agradar a Dios, para asemejarnos nosotros a Dios, para hacer su voluntad, para dar gusto a Dios y demostrarle todo nuestro amor.

Para nosotros que tenemos el don de la fe, recibido en el sacramento del bautismo, el deber de ser santos nos obliga a algo más: a revestirnos de la vida sobrenatural, esto es, **a ser santos porque Dios lo quiere y porque Dios es santo**. Según el camino que Dios nos trazó para ser santos y estar

con Él: **«Porque Yo soy el Señor, vuestro Dios, debéis santificaros y permanecer santos, porque Yo soy santo»** (Lv 11, 44).

Él mismo nos guía los pasos por el camino de la santidad: **«Yo soy Dios todopoderoso. Anda en mi presencia y sé perfecto»** (Gn 17, 1). Andar en la presencia de Dios es darnos cuenta de que su mirada descansa sobre nosotros y todo nuestro ser como que está enfrente del espejo de la Luz de Dios. Y, así, dándonos cuenta de que Dios nos ve, no nos atreveremos a ofenderle; antes nacerá en nosotros la voluntad de cumplir su Ley, para agradecerle, dar gusto, merecer sus favores y gracias y santificarnos para identificarnos con Él. Aquí está para toda la verdadera unión con Dios; y es ésta la que nos santifica.

En una semejante entrega, su encuentro con Dios, se vuelve permanente y familiar. Ella trata, entonces, con el Señor como con un amigo o como con un padre que siempre encuentra a su disposición, le comunica sus deseos, sus aspiraciones, sus ideales y sus dificultades. Es en esta intimidad como Dios se da a la persona y la santifica, y ésta se

da cuenta de la presencia de Dios en sí misma, sintiéndose Dios como en su templo y el lugar de su morada; por eso, ahí se refugia en todos los momentos y días de su vida. Y lo mismo, cuando la presencia de Dios no se hace sentir, la persona se refugia en su ser inmenso y se abandona en sus brazos de Padre; por la fe, sabe que Él la escucha y la conduce por los caminos por donde le place llevarla. Unida a Cristo, ofrece a Dios su sacrificio conforme a la doctrina del apóstol: **«Ofrezcamos continuamente a Dios por medio de él un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesan su nombre. No os olvidéis de hacer el bien y de compartir lo vuestro, pues en este tipo de sacrificios se complace Dios»**. (Hb 13, 15-16)

El alma se identifica, entonces, con la santidad de Dios en la medida en que ella generosamente se entrega y Dios la toma consigo y la enriquece de sus dones. Es así que la persona se ennoblece con la virtud de Dios como dice el apóstol San Pablo: **«Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman»**. (1 Cor 2,9)



# La Mortificación

## LAS VIRTUDES DE SANTA MARÍA (IV)

“**S**i alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. (Mc 8, 34-35). En el número pasado mencionábamos la mortificación entre los medios para conservar la pureza. Hoy nos detendremos en ella.

### Necesidad de la mortificación

Para salvarnos y santificarnos, Jesús ha obtenido la victoria sobre el mundo, demonio y carne. Pero eso no basta.

Nuestras potencias, heridas por el pecado original, tienden al desorden, al egoísmo... Vivir la virtud es costoso. De ahí la necesidad de la mortificación. A medida que el alma se va purificando más y más, se aumentan proporcionalmente sus luces y su caridad.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos habla así:

*«El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual. El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas. Corresponde al pueblo santo luchar, con la gracia de lo alto, para obtener los bienes que Dios promete. Para poseer y contemplar a Dios, los fieles cristianos mortifican sus concupiscencias y, con la ayuda de Dios, vencen*

*las seducciones del placer y del poder...».* (CEC 2015, 2549)

La Virgen nos hace más llevadera esta renuncia, como una madre con sus hijos pequeños.

La mortificación está presente en la mayoría de las virtudes. La pobreza, la humildad, la castidad, el silencio, etc., requieren mortificación interior y penitencia exterior. Además, por sí sola es necesaria, tanto para preservarnos del pecado como para satisfacer por los ya cometidos y para obtener del Señor abundantísimas gracias. ¡Experiencia de los santos: la oración y el sacrificio todo lo alcanzan!

### Cómo vivir la mortificación

Es **indispensable** mortificar los sentidos para que no se conviertan en puertas de tentación o de pecado: abstenernos de todas las cosas *ilícitas y prohibidas* por la ley de Dios. El mundo actual con sus modas, sus ideologías..., dominar nuestro mal genio, etc.

Para un hijo fiel de María esto es poco: apuntemos a vivir las **penitencias** de abstenernos aún

de lo *lícito y permitido*, mortificándonos en lo pequeño. Así, cuando llegue la tentación, la venceremos fácilmente.

San Ignacio tiene esta admirable regla: *«Cuando nos abstenemos de lo superfluo, eso no es penitencia, sino templanza... La penitencia verdadera consiste en quitar o en abstenerse de algo conveniente, y cuanto más y más se quite de esto, mayor y mejor será dicha penitencia».*

— Mortifiquemos los **cinco sentidos externos**: evitar miradas peligrosas, curiosas o pecaminosas; evitar conversaciones malas, frívolas o al menos inútiles. Ayunar, dejar comidas refinadas, no comer entre horas... Evitar el placer por mero placer... Incluso el uso positivo de alguna penitencia que cause dolor. Los Pastorcitos de Fátima buscaban sacrificios: llevar una cuerda a la cintura, dar su almuerzo a los pobres...

— Mortifiquemos los **sentidos internos** (sobre todo la memoria y la imaginación): combatir la ociosidad; seleccionar bien nuestras lecturas, atender a lo que hacemos en cada momento, vivir el momento presente, emplearse en recordar a Dios y sus beneficios, cortar recuerdos que distraigan, olvidar totalmente las injurias recibidas...

— Acojamos las **penas que Dios envía**: el frío o calor, la enfermedad, el duelo, la crisis o cualquiera cosa que nos haga sufrir, y ofrecerlo a Dios, uniéndolo a la Pasión de Cristo. Sobrellevar con caridad exquisita las imperfecciones de los demás, como nosotros querríamos ser tratados, etc. En la aceptación y ofrecimiento de las molestias cotidianas agradaremos mucho al Señor y sacaremos un fruto inmenso para el alma, si las hacemos con verdadero espíritu de penitencia.

— Mortifiquemos nuestras **pasiones**. Moralmente la pasión es indiferente, y debemos educarla para el bien y apartarla del mal: amor, odio, temor, ira, deseo, alegría, tristeza...

Los santos, ¡qué grandes se hicieron con sus pasiones!... Un Ignacio de Loyola encauzando su pasión de vanagloria y convirtiéndola en la pasión de la gloria de Dios... Una Teresita, que encauza la pasión del amor: se enamora de Dios de tal modo, que rápidamente llega a un alto grado de santidad. ¡Cuánto más la Virgen dirigiría todas sus pasiones a su perfección! Temer, solo el disgustar a Dios, ira solo para apartar el mal, pero con misericordia hacia el pecador, que se puede convertir y salvar.

— Mortifiquemos el **entendimiento** y la **voluntad**. Son lo más noble de nuestro espíritu. Así mortificaremos los pensamientos malos, inconvenientes, peligrosos, inútiles e inoportunos, el deseo de saber y curiosarlo todo... y más que nada, la facilidad en juzgar temerariamente a los demás... y el deseo de imponer el propio parecer por encima de los demás..., de suerte que siempre creemos que tene-

mos razón y exigimos que nos la den... ¡Oh dureza de juicio!

Hay que templar la voluntad, hacerla firme, pero no para satisfacerla sino para obedecer la de Dios... Desapegarse de lo creado y dominar el amor propio no solo es virtud, sino que es ya santidad... y sin eso, no hay santidad. San Bernardo dice: «*Quita la voluntad propia y ya no habrá infierno*».

### El ejemplo de Jesús y de María

Jesús y María no tenían por qué hacer penitencia y, no obstante, ¡cuánta hicieron en su vida de Nazaret, de Belén, de Egipto, del desierto, de la Cruz! Tanto más costosa cuanto que sus organismos eran perfectísimos, de una sensibilidad delicadísima.

Penetremos en el Corazón inmaculado de María. Ella abraza la penuria y dolor con avidez y los acata amorosísimamente, no solo con paciencia y resignación. Pidamos su ayuda.

Por el ansia de imitar a su Hijo, se imponía penitencias voluntarias: oración prolongada, con frecuencia de noche, su postura devotísima de rodillas o postrada, su vida pobre, sus ayunos...

No olvidemos que la penitencia debe de ser, en último término, una manifestación de amor, de desagravio al Señor por los pecados, de unión a Él en su Pasión... Cuando la penitencia se hace así, por puro amor de Dios, sin mezcla de amor propio, es cuando tiene todo su mérito y eficacia.





REINADO DE CRISTO

## SEXTA BIENAVENTURANZA

### *Bienaventurados los limpios de corazón*

“**B**ienaventurados los limpios de corazón... porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8). Ver a Dios es la máxima gracia y suprema felicidad del hombre. Él es el Rey y Señor supremo, que «*mora en luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres vio ni le es posible ver*» (1Tm 6, 16).

«Ver a Dios», «su faz», «su gloria», «su poder», suelen ser anhelos correspondientes a la experiencia religiosa de alabarle ante su presencia espiritual y litúrgica: «Quién subirá la Montaña del Señor? ¿Quién se mantendrá en su Lugar santo? El inocente de manos y *puro de corazón*» (Sal 23 [24]). «*Mi alma tiene sed de Dios, del Dios*

*vivo: ¿cuándo iré y veré la faz de Dios?»* (Sal 41 [42]).

Los ángeles ven ya a Dios, que está en los cielos (Mt 18, 10); nosotros, **ahora**, solo indirecta e imperfectamente, mas **entonces** —en el reino eterno del Amor teológico— «cara a cara» (1 Co 13, 12). Es decir, «le veremos tal como es» (1Jn 3, 2).

Todo el que vive con la esperanza de ver a Dios tal como es, «*se purifica a sí mismo como Él es puro*» (1Jn 3, 3). Para ser admitidos a la presencia del trono de Dios en la Ciudad celeste hay que lavar las vestiduras en la Sangre del Cordero (Ap. 7, 14-15; 22, 14; 21, 27). Los contextos de estas referencias señalan en antítesis con esta «pureza»



cualquier género de iniquidad; los «puros de corazón» son los limpios de todo pecado.

«Corazón» se emplea siempre, en el Nuevo Testamento, con valor psicológico. Significa el interior del hombre, su centro íntimo abierto a la sola mirada y acción de Dios; sede de la vida religiosa y de la responsabilidad moral.

La pureza beatificada por el Evangelio es formalmente espiritual, sincera, interior. Aunque tenga una lejana significación de «limpieza» material, ha sido transfigurada: el sujeto de su vivencia ya no es precisamente el cuerpo, la boca ni las manos, sino el **corazón**.

Como debía ser ritualmente «puro» de cuerpo y de manos el que se acercaba a la presencia litúrgica de la divinidad en el Templo, así debe tener «puro el corazón» quien inicia una vida mesiánica que tiene por fin supremo «ver a Dios» tal como es.

«Pureza de corazón» es, por tanto, carencia intrínseca de toda mancha moral, de todo pecado. Concretar esta Bienaventuranza a la virtud de la castidad es correcto, pero no es suficiente. Abarca también la «sencillez (simplicidad) de corazón», la «rectitud de intención», el evitar la «duplicidad de corazón», que es hipocresía (cfr. Mt 7, 7-8), da a su existencia el difícil «sentido de unidad» y hace de su vida el camino recto de un solo fin: Dios.

La «pureza de corazón» evangélica se supone fruto de una fase previa purificatoria. A veces se destaca en ella el trabajo ascético: «Purificad vuestros corazones, almas divididas...» (St 4, 8) Otras veces resalta en

primer plano el aspecto místico y carismático: ser purificados por la Sangre de Jesús (1Jn 1, 7.9; Hb 9, 14; Hb 1, 3; 9, 10), por su Palabra (Jn 15, 3), por la fe (Hech 15, 9), por el bautismo (Ef 5, 26; Hb 10, 22).

### El Corazón Inmaculado de María

El Evangelio nos indica: «de la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12, 34). Estudiando algunas de las palabras salidas de la boca de María, podremos rastrear la limpieza inmaculada de su corazón.

→ **Es un Corazón de limpieza virginal:** «¿Cómo podrá ser esto si no conozco varón?» (Lc 1, 34). Palabras de María que indican el propósito irrevocable de permanecer virgen para el Señor.

María, del tesoro de su Corazón, ha sacado una cosa buena, tan buena que a partir de ese momento existirá una nueva flor sobre la tierra: la pureza virginal.

→ **Corazón limpio del propio «yo», de la propia voluntad:** «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu voluntad» (Lc 1, 38).

Por esta nueva palabra, salida de la boca de María, sabemos que su Corazón estaba limpio incluso de los más sutiles apegos a su propia voluntad: ser esclavo del Señor es renunciar al propio querer y seguir siempre el de Dios.

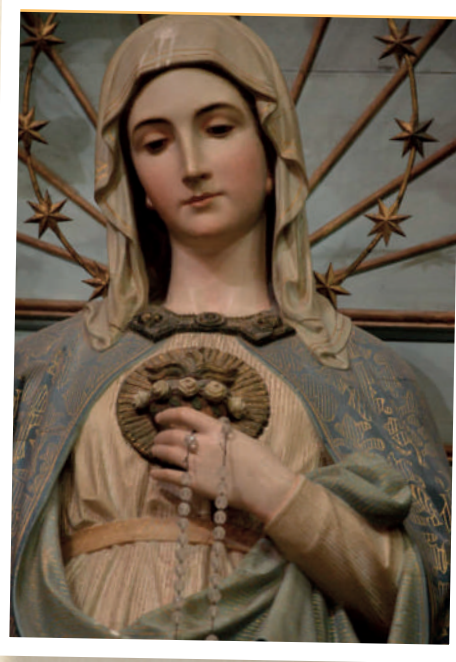
→ **Corazón limpio de vanagloria y lleno de la gloria de Dios.** El Bautista salta de gozo en las entrañas maternas e Isabel prorrumpe en alabanzas de

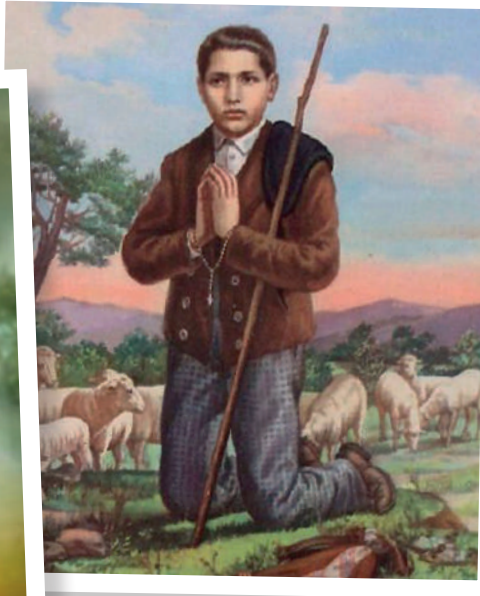
María, a la que llama «bendita entre las mujeres», «madre de su Señor» y «bienaventurada por haber creído». María, en lugar de detenerse a saborear esas alabanzas, se eleva en espíritu hacia Dios. No se acuerda de sí misma más que para volverse a llamar esclava. Sólo se acuerda de la misericordia de Dios, del poder de su brazo omnipotente y de las maravillas que ha obrado el Poderoso, cuyo nombre es santo, y con estos sentimientos inicia su precioso cántico diciendo: «Mi alma proclama la grandeza del Señor» (Lc 1, 46).

Las alabanzas que le tributara su pariente han resbalado sobre el alma de María y quedan transformadas al llegar a su boca en un canto a la gloria de Dios.

Con esta tercera palabra nos demuestra María que su corazón estaba limpio de engreimiento y lleno del más elevado de los deseos: el de la pura gloria de Dios.

El Corazón de María es un Corazón totalmente consagrado a Dios.





también nosotros. De aquí a poco Nuestro Señor me lleva ya para allá junto a Sí, y entonces lo veo siempre».

Los efectos de la presencia divina en las almas pertenece esencialmente al Mensaje de Fátima. No fue dada esa gracia únicamente para los pastorcitos de Aljustrel, sino para todos nosotros, hijos de Nuestra Señora de Fátima, Mediadora de esa presencia de Dios y que desea que nos entreguemos a su acción santificante y vivamos el Mensaje en toda su profundidad.

## VIVIR INMERSOS EN *Dios* COMO SAN FRANCISCO MARTO

**“*E*stábamos nosotros ardiendo en aquella luz que es Dios y no nos quemábamos. ¡Lo que es Dios! ¡No se puede decir! ¡Esto sí que nunca lo podremos decir!”. (San Francisco Marto)**

Francisco pareció ser quien menos se impresionó con la vista del infierno, aunque le causara también una sensación bastante grande. Porque lo que más le impresionaba o absorbía era Dios, la Santísima Trinidad, «en aquella luz inmensa que nos penetraba en lo más íntimo del alma».

Francisco se explicaba: «Esta gente queda tan contenta sólo porque les decimos que Nuestra Señora mandó rezar el Rosario y que aprendiésemos a leer. ¡Qué sería si supieran lo que Ella nos mostró en Dios, en su Inmaculado Corazón, en esa luz tan grande!».

Refiriéndose a la visión corporal o imaginaria de Nuestro Señor del día 13 de octubre, recalca el Pastorcito: «Gusté mucho en ver a Nuestro Señor. Pero gusté más en verlo en aquella luz en que estábamos

### El realismo de la Consolación de Dios

Esa experiencia de lo divino inefable que tuvo Francisco, lo convirtió en el gran consolador del Señor. Pero, para ello, tuvo que tener antes una experiencia, igualmente inefable, de la tristeza de Dios. Fue, verdaderamente, un «testigo de las tristezas de Dios».

«¡Él está tan triste por causa de tantos pecados!»  
«¿No dijo Nuestra Señora —exclamaba— que teníamos que sufrir mucho para reparar a Nuestro Señor y su Inmaculado Corazón de tantos pecados con que son ofendidos? ¡Ellos están tan tristes! ¡Si con estos sufrimientos los pudiéramos consolar, ya quedaríamos contentos!»

En medio del pastoreo, Lucía advertía la ausencia

de Francisco. —«Pero, ¿qué estás haciendo aquí tanto tiempo?» —«Estoy pensando en Dios, que está triste a causa de tantos pecados. ¡Si yo fuese capaz de proporcionarle *alguna alegría!*»

Hermosa e incomparable expresión: «Darle alegría», ¡dar alegría a Dios! ... ¿Cómo debilitar un realismo tan inocente y tan puro?

En las tentaciones de dudas y perplejidades de Lucía, lo que más preocupa a Francisco es la tristeza que con ello puede causar Lucía al Señor. Por eso decía a Lucía: —«¿No ves que no puede ser el demonio? Dios, que está tan triste con tantos pecados ahora, si tú no vas, quedará todavía más triste».

El realismo con que Francisco entendía la tristeza de Dios era del todo humano: Su afán en cada aparición era el comprobar si Dios continuaba en su tristeza anterior: «Dime, ¿Él estará todavía tan triste? ¡Siento tanto que esté así tan triste!»

De tal manera está obsesionado con la idea de la consolación que, al llegar al cielo, teme olvidarse de todo lo demás. Y cuando Lucía le recomienda que pida por los pecadores, por el Santo Padre, por ella misma y por Jacinta, Francisco responde: **«*Sí que pido. Pero, mira: esas cosas pídelas más bien a Jacinta porque yo tengo miedo de olvidarme al ver a Nuestro Señor. Y, por lo demás, más bien lo quiero consolar.*»**

Las traducciones místicas del dolor de Dios no son pu-

ras ficciones literarias. Descubren un realismo que no puede ser negado.

Existe, pues, un sufrimiento verdadero en Dios a causa de los pecados de los hombres, que es compatible con su felicidad absoluta.

Dios no es mero espectador apático de la historia del hombre. Dios participa afectivamente en ella. La historia del hombre produce impacto en Dios: le hace gozar o sufrir, le produce compasión.

¿Cómo unir esta realidad de la compasión de Dios con la realidad de su inmutabilidad? ¿Puede el gozo de Dios ser completo mientras alguno de sus hijos sufre?

Es intrínseco a la manera interna de ser del amor el sentir '*pathos*', el sentir impacto, conmoción ante la persona amada y sus diversos estados: impacto gozoso o impacto doloroso. De aquí ese misterioso sufrimiento de Dios ante la miseria del hombre.

Ese sufrimiento no es un sufrimiento debido a un desorden que haya en Dios. El estado de perfección infinita de Dios le hace ser inaccesible al desorden.

Pero Dios ama. El amor es una energía que es tendencia hacia el otro, que produce asimilación del otro, solidaridad con el otro. Pertenece a la perfección del amor el que todo lo del amado pase a ser del amante, visceral y cordialmente del amante. Porque una de las facetas de perfección del amor es esa: el conmoverse, el no ser

indiferente ante el amado, el no ser apatía para con él, sino simpatía.

Sí. Dios siente profundamente mi rechazo a Él.

Sí. Dios siente también profundo agradecimiento cuando respondo a su amor y reparo así el profundo dolor que le causa el rechazo de tantos.

Sí. Dios siente profundo gozo a causa de mi virtud, de que le comprenda a Él y a sus hijos los hombres.

El pequeño Francisco de Fátima es un ejemplo muy relevante de la percepción mística del dolor de Dios. Es tierna, emocionante, realista en sumo grado, hasta infantil, y llega a pensar en la consolación de Dios hasta en el lugar de su bienaventuranza, el cielo. Y, efectivamente, si el pecado priva a Dios de su gloria, ¿qué otra cosa puede ser el cielo sino el lugar donde las criaturas racionales, vueltas ya a su origen, restituyen perfectamente a Dios la gloria perdida? Y esto, ¿no es exactamente la «consolación» de Dios? ¿No es la única posible y auténtica consolación de Dios?



La espiritualidad «teocéntrica»; es decir, dirigida primero y ante todo a restituir a Dios la gloria perdida por el pecado y sólo después la salvación de las almas es una lección sumamente importante en unos tiempos en que una actitud horizontalista está haciendo perder el equilibrio, en favor de un antropocentrismo desorbitado.

*“Acudamos con seguridad a María. Con Ella todo es sencillo”.*  
*(M. M<sup>o</sup> Teresa De Simone)*



**¡Reinando desde Bolivia!** Tenemos la gran alegría de compartir con ustedes estas hermosas fotografías que nos enviaron desde Bolivia. Varios miembros del Reinado de María viajan con frecuencia a este país y, en esta ocasión, tuvieron una "Buena Compañera"... se llevaron estampas, medallas y trípticos de Nuestra Señora del Encuentro con Dios, Nuestra Santa Patrona, y lo repartieron entre las personas más necesitadas de la zona. En esta misión que duró 15 días, visitaron enfermos, rezaron el Santo Rosario y enseñaron a rezarlo. Regresaron felices porque habían podido sembrar también allí y extender el amor a María. Fueron con sus hijos entre los que destacan sus dos pequeños de 6 y 4 años. Suelen acompañarlos y disfrutan mucho en la misión mariana.  
**¿Te animas a llevar a María a tu país?...**

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

**Conecta con nosotros**  
info@reinadodemaria.org |    
www.reinadodemaria.org

